

exactamente estas parcelas de oro en el polvo. Si no las hubiera recogido entonces, se habría perdido para siempre. ¡Nosotros mismos pasamos tan de prisa, parecemos tan insignificantes! Es muy dulce saborear todo lo que ha vivido.

15 octubre 1839.

MADAMA DE KRUDNER (1)

Cuando las producciones de las personas contemporáneas nos inducen á estudiar su fisonomía y su carácter, nos complacemos en averiguar qué rasgos de edades precedentes dominan en ellas, y á qué momento pertenecen tan exactamente como al día en que vivieron. Estegénero de suposiciones, tiene, sin forzarlo, su ventaja, pues ocurre lo que con los cuadros, que se los ve mejor á medida que nos alejamos, y cuando se sube y se les baja hasta encontrar la verdadera perspectiva. Si hemos encontrado que Madama de Souza por ejemplo, perteneció al siglo xviii, aun continuando en el nuestro, aun representando de cerca en su mejor matiz á la Restauración nos representaba menos, en una lejanía poética, por su vida, por sus páginas elegantes, por sus sentimientos apasionados seguidos de retrocesos cristianos, y por su muerte algo de lo más conmovedor del siglo xvii. Hoy, al abordar á Madama de Krudner bajo la aureola mística, en su blancura nebulosa, en la vaga y dorada luz desde la que nos sonríe, nuestra vista y nuestras conjeturas van más allá de nuestro siglo y de los dos precedentes. Era como una santa de la edad media, una santa del Norte del siglo xiiii, una Santa Isabel de Hungría, ó una hermana del gran maestre de los Caballeros

(1) Como biografía, este *pastel* deja mucho que desear. Uno de nuestros amigos á quien se debe ya la *Vida* del célebre médico Tissot, prepara desde hace mucho tiempo una biografía completa de Madama de Krudner, en la que detalles íntimos y cartas originales no faltarán. Deseamos la pronta publicación (1844). — La *Vida* de Madama de Krudner por M. Eynard ha aparecido y nos da lugar á un artículo que rectifica y corrige éste. (Ver últimos retratos en el tomo.)

porte-glaive, que, desde el fondo de su Livonia, atraída hacia el Rin, y mucho tiempo unida á las delicias de la Corte, habiendo amado é inspirado á los ilustres minnesinger del tiempo, habiendo hecho alguna novela en verso como un poeta de la Wartbourg ó más bien habiendo querido imitar á nuestro Chrestien de Troyes ó á algún otro famoso trovador en rima francesa, es en lengua la *más deleitable* entonces, habrá por fin vuelto sus ojos á Dios, á la penitencia, habría renegado de todas las ilusiones y las adulaciones que la rodeaban, habría predicado á Thibaut, habría consolado de las calumnias y santificado á Blanca, habría entrado en una orden que ella reformara, y cual otra Santa Clara siguiendo á San Francisco de Asís, habría conmovido como él á las muchedumbres, y hablando en el desierto á los pájaros.

He aquí, en efecto, á Madama de Krudner, tal como hubiera debido ser para cumplir su destino, para no ser solamente una novelista encantadora y luego una iluminada que hizo sonreír cuando en la segunda mitad de su vida quiso entregarse sin reservas á Dios, á la limosna, y la obra de la santa palabra, de la salud y del renovamiento del mundo. Mas, ¿qué hacer? Había nacido en pleno siglo *viii*; los descendientes de la orden teutónica se habían vuelto luteranos. Luterana pues, y luego mujer de un embajador, tuvo que cruzar esta vida mundana de escepticismo y de placeres, y cuando pudo escapar, cuando la llama de los sucesos vino á prender en esta alma ferviente bajo cubierta tan frágil, y le hizo creer que había llegado la hora de predecir y de consolar, vió que muy pocos la escucharon; que fué como la profetisa estéril de Hión en cenizas; que los mismos de que su rápida elocuencia se apoderaba, como el polvo que la nube levantó, en cuanto ella desaparecía volvían á caer; y que ella misma, sin orden fijo, sin disciplina, sin tradición, levantada por el hálito ardiente de las catástrofes y no habiendo visto sino sus resplandores, perdió en seguida la huella del porvenir, y murió en

una Crimea, sin dejar nada, sin servir á nada, como copo de nieve llevado y traído por el aquilón, un relámpago y un grito más en el gran huracán.

El último límite en que se concibe á Madama de Krudner con todas sus facultades completas y en todo su desarrollo, es en el final del siglo *xvi* y principios del *xvii*. Habría podido entonces como Santa Teresa, y un poco más tarde como Madama Chantal, encontrar todavía apoyo en una de esas columnas subsistentes del gran edificio católico estremecido, habría abierto una vía monástica nueva en la línea indicada de las santas carreras. Habría tenido en sus momentos de vértigo y de obscurecimiento, á estos sabios y seguros doctores de las almas, á un San Francisco de Borja, á un venerable Pedro de Alcántara, á un San Francisco de Sales. Yo no le hubiese aconsejado venir más tarde, ni siquiera en el tiempo del venerable Fenelón, que acaso abundó demasiado en el mismo sentido que ella, y acaso acarició mucho la quimera. Mas en nuestros días, ¿qué es? ¿Dónde están sus guías? Débil mujer en sus más bellos impulsos, vaso desbordado de amor, ¿en dónde aprendió su doctrina? Cañizo agitado por todos los vientos que luchaban entre sí ¿á quién pidió ella el aliento puro de la palabra? Buscó y no encontró á su lado ni siquiera la sombra de un Fenelón, y únicamente apóstoles á la ventura. Cuando la cercamos con preguntas, cuando se la interroga acerca de los medios, el objeto, la legitima tradición y el símbolo, la vemos que se detiene. Su gran corazón la abandona y se vuelve preguntando hacia M. Empeytas.

Para nosotros, que queremos mirarla como autora de una obra deliciosa, es completa, y el inacabamiento de su destino se convierte en un rasgo novelesco más. Puesto que no fué una santa, *Valeriana* es tu título principal, y en torno del cual gira, de mejor ó de peor grado, toda vida. Sin tentar más sacarla de su puesto y llevarla en idea más allá de las lejanías del horizonte, vamos á seguirla y á examinarla en todo lo que le fué permitido ser en los días en que vivió.

Nacida en Riga, en las orillas de la Báltico, hacia el fin del mismo año en que nació en Francia Madama de Staël, Madama Juliana de Krudner, hija del barón de Wiettingoff, uno de los más grandes señores del país y de una familia todavía recientemente ilustrada por el mariscal de Munich, tuvo una infancia tal como se complació en pintar en los recuerdos de su Valeriana. Fué educada primero, en el fondo de una campiña, pintoresca y salvaje. El pequeño lago en el que el viento arrojaba las hojas de los árboles del bosque, en el que ella guiaba una frágil barquilla, los pájaros, los abetos como pirámides poblados de ardillas que se miraban en las ondas, los juncos, los rayos de luna reflejándose en los álamos blancos, tal fué el panorama, nunca olvidado, en el que se reveló su inocente y ya apasionado ensueño. A esto se unieron bien pronto las elegancias del mundo y de la sociedad. La alta nobleza del Norte era atraída entonces por un encanto invencible hacia París, hacia esta Atenas de las artes y de los placeres. Los príncipes y los reyes se honraban pasando en París unos instantes, y saborear, por decirlo así, los grados de nuestros bellos ingenios y de nuestros espíritus fuertes. Sus mismos embajadores eran adornos esenciales de la filosofía y de la conversación francesa, y aún se recuerda la distinción del barón de Gleichen, embajador de Dinamarca, y la del de Suecia el barón de Creutz. La joven del Norte cuando vino muy temprano á París vió esta sociedad. Casada á los diez y ocho años con el barón de Krudner, pariente suyo, que aunque todavía joven tenía muchos años más que ella, no pareció ocuparse gran cosa de él hasta que lo pintó, idealizándolo un poco en el personaje del esposo de Valeriana. Entonces era la costumbre: un marido daba un nombre definitivo; una situación y una representación conveniente y cómoda, y apenas si exigía nada, y de él pasado esto, en la vida de la mujer célebre no se hacía más mención. Se le descubría cuando más de perfil ó vuelto de espaldas en un rincón de la novela. M. de Krudner embajador

de Rusia en muchas cortes de Europa, llevó consigo á la persona que nos ocupa, quien por doquiera que iba enamoraba y encadenaba los corazones á sus pies.

Los detalles de sus primeros años están ya muy lejos. Había cumplido ya los veinte años cuando comenzó la Revolución francesa, sin tener todavía ninguna celebridad ni cuestiones literarias; era simplemente una mujer á la moda. Todo lo que su gracia, su talento y su alma no inspiraron no ha dejado más que huellas ligeras como ella misma. Sería inútil y fastidioso buscarla en otra parte que en *Valeriana* que reúne como un espejo todos los rayos más puros.

Parece ser que al estallar la Revolución no alteró en nada á la que más tarde los sucesos del final habían de producir exaltación. Sus pasiones, sus ternuras y sus alegrías eran en aquella feliz edad muy ruidosas para que pudiese oír nada más. La parte profunda de su alma era (sirviéndome de una expresión de *Valeriana*) como una de esas fuentes cuyo ruido se pierde en los otros ruidos del día, y que no vencen sino cuando la noche llega. A pesar del 89, á pesar del 93, cuando ya voces proféticas y bíblicas se oían distintamente, cuando Saint Martín menos desconocido que antes, escribía su *Eclair*, cuando De Maistre lanzaba sus primeras y atronadoras amenazas, cuando Madama de Staël llegaba hablando del *sentimiento*; á potentes destellos de elocuencia política, Madama de Krudner no había cesado de ver en París una continua Atenas.

Una carta de Febrero del 93, escrita por ella desde Léipzig á Bernardino de Saint-Pierre nos da cuenta solamente de grandes dolores personales. La muerte de su padre, algún secreto desgarró de su alma de otra naturaleza acaso, el clima de Livonia habian, durante los últimos catorce meses, producido en esta organización nerviosa un alteramiento del que ella comen- zaba á reponerse: « La fiebre que quemaba mi sangre, — dice — ha desaparecido, mi cerebro funciona normalmente, y la esperanza vuelve á reinar de nuevo en mi alma agitada por amargas penas y terribles hura-

canes. Si, la naturaleza me ofrece otra vez sus dulces y consoladoras distracciones. Ya no está cubierta ante mis ojos con un velo fúnebre... Al recobrar mis facultades y al recobrar mis recuerdos, mis pensamientos van volando hacia vos (1). ¿Cuál es vuestra existencia en estos momentos de turbaciones tan universales? » Esta frase es la sola que hace alusión á los sucesos públicos. M. de Krudner ocupaba entonces en Dinamarca su puesto de embajador. Ella de acuerdo con él debía permanecer en Léipzig para la educación de su hijo.

Pero su primera mirada al renacer su moral, se dirigía hacia el autor de *Pablo y Virginia* (de Virginia que sería un día para Valeriana una hermana) y hacia París.

Volvió á esta ciudad después de varios viajes á través de Europa en 1801, en el momento de la paz y del renacimiento de la sociedad y de las letras. Estaba bastante joven y bella siempre, deliciosa de gracia; pequeña, blanca, rubia, con esos cabellos de *un rubio ceniza que no los tiene más que Valeriana*, con los ojos de un azul sombrío; una voz suave, un hablar lleno de dulzura y de música que es el encanto de las mujeres de su país, un vals embriagador, una danza admirada. Sus vestidos no los usaba nadie más que ella; su imaginación los componía y se le han escapado algunos seretos. Recordemos la danza del chal, y ese vestido de baile en el que sobre los cabellos de Valeriana puso una guirnalda azul de malvas. Así me la imagino yo siempre, entrando en alguna fiesta espléndida en medio del canto de Garat; todas se vuelven al ruido aéreo de sus pasos como si fuese la misma Música.

En París cuando acabada de aparecer René, en Berlín á donde regresó bien pronto y en donde recibía en cada correo cajas llenas de nuevos adornos, mientras

(1) En esta frase á Bernardino de Saint-Pierre, vemos cuán exaltada era Madama de Krudner. Con un gran escritor y poeta que se hubiese prestado, habría sido de esta raza de mujer del Norte, Lili, la condesa de Bernstorff, Bettine, esas entusiastas devotas de Goethe.

que Madama de Staël publicaba en Francia *Delfina*, Madama de Krudner, reuniendo los recuerdos ya lejanos, y acaso algunas páginas escritas precedentemente, se puso á componer *Valeriana*.

Valeriana apareció en el año XII (1804) sin nombre de autor en París (1). Cuando Madame de Staël, en plena celebridad, y acogida en triunfo por la escuela francesa del siglo XVIII, Alemania comenzaba á evolucionar; pero Madama de Krudner, en el seno de la patria alemana, y á pesar de la literatura gloriosa de este país, tenía los ojos fijos en el nuestro. En esta lengua preferida, nos enviaba una pequeña obra maestra, cuyos matices del Norte venían á enriquecer el género de las La Fayette y de las Souza. Después de Saint-Preux, después de Werther y de René, ella supo ser á la vez de su país y del nuestro, é introducir su melancólica Escandinava, en el verdadero estilo de Francia. Gustavo en su más fuerte delirio amoroso, escribe en su diario: « Tengo conmigo algunos autores favoritos; tengo las odas de Klopstock de Gray y de Racine, y aunque los leo, me hacen soñar en un más allá de la vida... » Notad que Gray, y sobre todo Racine, después de Klopstock, sirve para atemperar. En *Valeriana*, en efecto, más que en Madama de Staël, la inspiración germánica tan sentimental como pueda ser, se corrige y por decirlo así, se termina con un cierto gusto y por una cierta forma discreta francesa. Lo que al principio tenía la intención de una oda de Klopstock acaba con los sonidos de *Berenice*.

Delfina es ciertamente un libro lleno de potencia, de pasión, de detalles elocuentes, pero el conjunto deja mucho que desear, y á medida que avanzamos en él, la impresión del lector es con frecuencia confusa y desconcertada. Por el contrario, los libros que son ejecutados según el propio pensamiento, y cuya lec-

(1) Se encuentra en el *Mercurio* del 18 frimario año XII (10 Diciembre 1803) un artículo de M. Michaud sobre *Valeriana*. Cerca de un año antes el *Mercurio* había publicado *Pensamientos*. Chateaubriand llamaba á Valeriana unas veces la hermana de René « y otras » la hija natural de René y de Delfina.

tura compone en nuestra imaginación como un cuadro que se termina con el último trazo, sin que el lápiz se rompa y sin que los colores se mezclen, estos libros, cualquiera que sea su dimensión, tienen un valor artístico superior, pues ellos mismos se completan. El otro día yo leí en una complicación de pensamientos inéditos: « La facultad poética no es otra cosa que el don y el arte de producir cada sentimiento verdadero, en flor, desde el lirio real y la dalia hasta la margarita. » Lo que queda dicho de la poesía, puede aplicarse á toda obra creada y compuesta, en la que la idea de lo bello se refleja. *Eugenio de Rothelin* es, ciertamente, un cuadro de dimensiones pequeñas, y si, se quiere, de menor alcance que *Delfina*, pero es una obra maestra en su género. Un riachuelo, con ondas perladas, encauzado á maravilla y corriendo sobre un lecho de arena fina bajo una atmósfera transparente, tiene su valor intrínseco, y como belleza á los ojos de un pintor es superior al río más ancho, desigual, cortado y de repente cubierto de niebla. Si nos atenemos á los maestros, Juan Jacobo, queriendo recomendar por sus delicadezas la cuarta parte de su *Nueva Eloísa*, no ha desdeñado á compararla con la *Princesa de Cleves* y parece visar á esta como modelo. Tenía razón, y hoy, como encanto sino como potencia, *La Princesa de Cleves* está acaso, por encima de *La Nueva Eloísa*, así *Eugenio de Rothelin*, *Valeriana* y *Adolfo*, son obras de una calidad y de un valor mayor que su volumen. *Valeriana*, además, en el orden de los pensamientos y de las sensaciones, no es inferior á ninguna novela de más grande composición, pues ha guardado, sin pensar en ello, la natural proporción, la verdadera unidad, y tiene como su autor un encanto del conjunto.

Valeriana tiene partes imperecederas y otras que ya pasaron de moda. En la novela ha habido talentos muy notables que no han tenido más que éxitos pasajeros, y cuyas producciones exaltadas se desvanecen á medida que el tiempo pasa. La señorita de Scudery, á pesar de su ingenio, y *Madama Cottin* á pesar de lo

patético de la acción, pasaron. No hay una obra de ellas que se pueda leer sino por curiosidad, para saber las modas de la sensibilidad, en nuestras madres. Lo propio ocurre á *Madama de Montolie*: *Carolina de Lichtfield*, que tanto encanto nos produce á los quince años, no se puede leer de nuevo, y lo mismo se puede decir de *Clara de Alba*.

Valeriana, al contrario, tiene una parte duradera y siempre encantadora; es una de las lecturas que puede tener lugar tres veces en la vida y en tres edades diferentes.

La situación de esta novela es sencilla, lo mismo que en *Werther*; un hombre joven que se enamora de la mujer de su amigo. Pero se nota aquí, á través del disfraz ideal, una extraña realidad que da al relato una vida no prestada. *Werther* se mataría aunque no amase á *Carlota*, se mataría por lo infinito, por lo absoluto, porque está en su naturaleza; pero *Gustavo* no muere sino por amar á *Valeriana*. El nacimiento de este amor, sus progresos, el aliento de todos los sentimientos puros colman nuestros deseos en la primera mitad. Las escenas variadas y las graciosas figuras expresan con fortuna esta situación de un amor violento y devorador, al lado de una amistad inocente que lo ignora. Así, cuando en Venecia, en el baile de la Villa Pisani, *Gustavo* que no ha ido, al pasar cerca un pabellón oye la música y subido sobre una maceta del jardín acecha á la ventana para verla. Cuando asiste desde fuera á la maravillosa danza del chal de *Valeriana* y que al final embriagado y fuera de sí, ante *Valeriana* que se acerca á la ventana, pega sus labios al cristal en que toca por dentro el brazo de su amada, le parece respirar torrentes de fuego, pero ella no ha sentido nada. ¡Qué símbolo más perfecto de sus destinos, y cuántos destinos semejantes en el mundo! Un sencillo cristal entre ellos, y de un lado el fuego abrasador y de otro una afectuosa indiferencia. En el día del santo de *Valeriana*, el conde va á reunirla, y *Gustavo* envía á un niño para felicitarlo y pedirle al conde que no la aflija

en este día. Valeriana se siente conmovida, besa al niño y se lo envía de nuevo á Gustavo, quien le besa en la misma mejilla y encuentra un lágrima : « Sí, Valeriana — murmura, — tú no puedes enviarme, no puedes darme más que lágrimas (1). » Esta misma idea de separación y de duelo, y el anillo nupcial que nota

(1) Este niño, inocente mensajero de un beso y de una lágrima, recuerda una poesía del Minnesinger alemán Hadloub, traducida por M. Marmier (*Revue de Paris*, 2 Abril 1837) y este fragmento de André Chenier, sin duda de origen griego : *Yo era tan niño como ella grande y bella*, etc. Observemos los proyectos y los matices de la idea. En André Chenier imitando algún epigrama, el sólo sentimiento expresado es el de la soberbia belleza y los rivales azorados. En Hadloub lo que resalta es el dolor del amante respetuoso y tímido cuyos labios buscan las huellas adoradas. El amor caballeresco que coronaría Petrarca rompe el capullo. Mas ni el uno ni el otro tienen la idea de la lágrima de Valeriana. He aquí la poesía de Hadloub traducida en verso en un estilo del siglo xvi, y se puede suponer que alguna Clotilde de Surville, vecina de Ronsard y de Baiff, ó aun mejor, alguna María Estuardo, la rimó :

Vite me quittant pour Elle,
Le jeune enfant qu'elle appelle
Proche son sein se plaça :
Elle prit sa tête blonde,
Serra sa houchette ronde,
O malheur ! et l'embrassa.

Et lui, comme un ami tendre,
L'enlaçoit d'un air d'entendre
Ce bonheur qu'on me défend.
J'admirois avec envie
Et j'aurois donné ma vie
Pour être l'heureux enfant.

Puis, Elle aussitôt sortie,
Je pris l'enfant à partie,
Et me mis à lui poser,
Aux traces qu'elle avoit faites,
Mes humbles lèvres sujettes :
Même lieu, même baiser.

Mais quand j'y cherchois le bême (*baume*)
Et le nectar de son âme,
Une larme j'y trouvai.
Voilà donc ce que m'envoie,
Ce que nous promet de joie,
Le meilleur jour achevé !

en el dedo de Valeriana cuando la coge la mano, reaparece bajo una nueva forma en cada escena conmovedora.

El retrato de Valeriana pasa sin cesar á través de todas las situaciones, en todas posturas, sonriente, triste, inquieta y como amorosamente retratado en mil fieles espejos.

El segundo volumen ofrece algunos defectos novelescos, y me parece ver ya la invención. El final, en efecto, de estas novelas íntimas no está nunca conforme con la realidad. Son verdaderos hasta la mitad ó las dos terceras partes; pero luego se continúan con la imaginación, y es preciso un extremado cuidado para que parezca natural. Es necesario matar al héroe, aunque realmente esté convaleciente en Baden ó en Ginebra. En esta segunda parte hay un pasaje en el que Gustavo, cuando va á separarse de Valeriana, se hiere de repente al apoyar la cabeza en la ventana. Esta es una herida ilusoria y convencional, pues ningún amante por exaltado que sea no sabría herirse así. Pero después Gustavo, pasando durante la noche cerca del cuarto de Valeriana, castamente dormida, no puede resistir al deseo de mirarla una vez más, y entonces la oye murmurar en su sueño las palabras *Gustavo y muerte*, y eso es el sueño oficial de la novela, y el de una fábula sentimental que tiene todo el color de 1803. Afortunadamente encontramos á Gustavo en seguida en una situación real. Uno de los pasajes de la novela mejor hechos es aquel en que vemos á Valeriana en góndola, ligeramente asustada, y que ha puesto familiarmente la mano de Gustavo sobre su corazón, pero que en cuanto siente mayor terror se precipita en brazos del conde. « ¡ Oh ! — exclama Gustavo — entonces vi cuán poco era yo y la distancia que nos separaba. » Cuando Gustavo se va sólo con su herida á las montañas, cuando, durante los meses de Otoño que preceden á su muerte, se embriaga perdidamente con sus ensueños y sus dolores, cuando se convierte casi en René, se compara con el almendro

desterrado en medio de aquella vegetación salvaje, que ha dado flores que el viento ha dispersado. ¡Cómo vemos en esto á la frágil y tierna adolescencia echada al borde del abismo, á la naturaleza de un alma amable, mística, ossianesca, pariente de Swendenbourg, amante del sacrificio, á ese hombre joven que como René sobrepasa á su edad, que no ha sabido tener ni talento, ni felicidad ni defectos, pero que el conde con una voz menos austera que el Padre Aubry para Chactas, convidaba solamente á esos dulces afectos que son las gracias de la vida y que funden juntas nuestras virtudes !... Gustavo que, en ciertos momentos de su entusiasta soledad, se asemeja á Werther, é iguala casi esta voz elocuente y poética en esta especie de himno que entona : « *Me paseo por estas montañas perfumadas por el espliego...* » Gustavo se diferencia á tiempo y continúa siendo el mismo, desechando la idea de hacerse piadoso, inocente y puro hasta su extravío, siendo original en su desesperación. En una palabra, Gustavo logra verdaderamente dejar en el alma del lector, como en la de Valeriana, lo que él ambiciona más, *algunas lágrimas solamente*, uno de esos recuerdos que duran toda la vida y que honran á los que son capaces de tenerlos.

M. Marmier, que ha escrito un trozo muy sentido (1) acerca de Madama de Krudner, ha observado en *Valeriana* numerosos pensamientos hondos y religiosos, que hacen presagiar á la mujer venidera bajo los velos de la primera elegancia. Quiero citar algunos párrafos que son como augurios :

« Su cuerpo delicado es una flor que el más ligero viento puede inclinar, y su alma fuerte y valerosa desafiaria á la muerte por el amor y por la virtud. »

« ... No — proseguí; — la belleza no es verdaderamente irresistible, sino cuando no presentamos otra cosa más pasajera que ella, cuando nos hace soñar en lo que es el encanto de la vida más allá del momento

[(1) *Revue Germanique*, Julio 1833.

fugitivo en que somos seducidos por ella; es preciso que el alma la encuentre cuando los sentidos han gozado de su presencia demasiado. »

« Tú lo sabes amigo mio — escribe Gustavo, — yo quiero amar á los hombres, los creo en general muy estimables, y si esto no fuese así ¿ no haría mucho tiempo que la sociedad estaria destruída? El orden subsiste en el universo, la virtud es, pues, más fuerte. Mas la alta sociedad, esta clase que la ambición, las grandezas y la riqueza separan del resto de la humanidad tanto, el gran mundo, me parece un erial cubierto de lanzas, en el que á cada paso tememos herirnos. La desconfianza, el egoísmo y el amor propio, estos enemigos de todo lo que es grande y bello, velan sin cesar á la entrada de este erial y dan leyes que ahogan esos impulsos generosos por los que el alma se eleva, se hace mejor y por consecuencia más dichosa. Con frecuencia he reflexionado en las causas que hacen que todos los que viven en la alta sociedad acaban por detestarse los unos á los otros, y mueren casi todos calumniando á la vida. Existen pocos malos, los que no se contienen por la conciencia se contienen por la sociedad, el honor, ese sublime resultado de la virtud, el honor guarda las entradas del corazón y rechaza á las acciones viles y bajas, como el instinto natural rechaza á las acciones atroces. Cada uno de estos hombres separadamente, ¿ no tiene casi siempre algunas buenas cualidades y algunas virtudes? ¿ Qué es lo que produce en esta muchedumbre esos vicios que nos hieren sin cesar? ¿ Es que la indiferencia hacia el bien es la más peligrosa de las immoralidades !... »

Ya lo vemos, Madama de Krudner, cediendo su experiencia á Gustavo, se expresa en esta página anunciando sus predicaciones futuras. Denuncia la llaga que no solamente existe en la alta sociedad sino en el mundo entero, esta antigua plaga de Pilatos, que el Dante castigaba con el *infierno de los tibios*, y que en nuestros días, tantos innovadores generosos, comenzando por ella, se han fatigado en recriminar.